

# La filosofía y la literatura como formas de conocimiento

Manuela Castro Santiago

## Resumen

Las relaciones entre la filosofía y la literatura han estado determinadas por la discusión y exclusión recíprocas. En este trabajo se plantea el origen de estas relaciones, considerando mito y logos como manifestación de una realidad única. Esta realidad se configura a partir de la confusión que se produce entre ser y parecer, que se plantea en el desvelamiento de la realidad a través de la creación materializada en la escritura. En este sentido, se puede considerar que la filosofía es "literatura de conocimiento" porque en su esfuerzo por esclarecer la realidad, por descubrir la verdad de las cosas y por hacer comprensible el bagaje conceptual de que dispone, hace uso de la belleza estilística que le brinda la literatura.

## Abstract

The relationships between the philosophy and the literature have been determined by the discussion and reciprocal exclusion. In this work the origin of these relationships is studied, considering myth and logos like manifestation of a unique reality. This reality is configured starting from the confusion that takes place between to be and to seem that thinks about in the revelation of the reality through the creation materialized in the writing. In this sense, it can be considered that the philosophy is literature of knowledge because in its effort to clarify the reality, to discover the truth of the things and to make comprehensible the conceptual baggage that it prepares, it makes use of the stylistic beauty that literature offers him.

Entre filosofía y literatura siempre ha habido una relación abierta pero enigmática, y sus vínculos han estado determinados durante muchos siglos por la discusión y la exclusión recíprocas.

Cuando se intenta abordar el tema nos encontramos, por un lado, que cuando la literatura pretende profundizar en su propia significación cultural se enfrenta con una serie de problemas que requieren un tratamiento filosófico. En este sentido, la teoría de la literatura está abocada a colaborar con la estética filosófica. Y por otro lado, la

filosofía no se comprende plenamente a sí misma si no aclara su relación con el saber literario.

En efecto, todo acontecimiento literario ha sido precedido, acompañado o seguido por una teoría filosófica. Y toda idea filosófica o se ha alimentado de intuiciones poéticas o ha dado lugar a revoluciones literarias. Pero no siempre se ha tenido conciencia de la íntima relación que existe entre la filosofía y la literatura.

Así pues, nos encontramos que estas disciplinas no nacieron alejadas la una de la otra ni se han mantenido siempre a distancia, sino que se gestaron en parte fusionadas y a dicha fusión recurren en determinadas ocasiones. A veces, es verdad, se desprecian y acusan recíprocamente de falsas y tramposas, y otras, se reconcilian e incluso salen a su encuentro.

Esto ocurre en algunas épocas de crisis, en las que tanto una como otra han de revisar su fundamentos y sus fragilidades, volviendo al crisol común del lenguaje que las hace posibles. Y es en este contexto donde podemos hablar de lo que se ha dado en llamar “literatura de conocimiento” (Trías, 2002).

En el capítulo que iniciamos pretendemos poner de manifiesto la difuminación de fronteras entre ambas formas de conocimiento; porque si algo las caracteriza es su relativa “transformabilidad y desfigurabilidad” a lo largo de los contextos en los que actúan (Asensi, 1996).

### *1. El punto de partida: identidad entre ser y parecer*

La filosofía aparece en sus inicios como una forma de literatura, como un diálogo significativo y simbólico con la realidad, como una interpretación, como una visión orgánica, como otra etapa de las primeras narraciones, mitos y leyendas. Convive, pues, la filosofía en su inicio con las formas literarias en sus temas y funciones.

Así pues, el origen de la relación aludida gira en torno a la difícil oposición entre lo que *es* y lo que *parece ser*. Todas las formas de relación entre ambas disciplinas se han desenvuelto dentro de los límites que dibuja esa polaridad entre lo que *es* y lo que *parece*, donde las barreras entre una y otra parecen difuminadas.

De este modo, vemos que el ser y el parecer (o el aparecer) estaban *originariamente* vinculados, porque para el pensamiento griego el ser se ofrece como *fisis*, es decir, como lo que brota y permanece mostrándose, apareciendo, iluminándose, desocultándose. De ahí

que la verdad en su correspondencia con el ser se entienda según el término griego *Alétheia*, retomado por Heidegger, y que hace referencia al concepto de verdad como aquello que se desoculta:

“En la medida en que se entienda ‘verdad’ en el sentido ‘natural’ tradicional, como la concordancia probada ópticamente entre el conocimiento y el ente (...) la *Alétheia*, el no ocultamiento (...) no podrá ser equiparada a verdad. La *alétheia* es, más bien, lo único que permite la posibilidad de la verdad” (Heidegger, 1978, p. 114).

Y así lo expresa Ortega:

“Su nombre griego (de la verdad), *alétheia* (...), es decir, descubrimiento, revelación, propiamente desvelación, quitar de un velo o cubridor.” (Ortega, 1966, pp. 335s.).

No es, pues, una verdad equiparada a lo que *es*, sino a lo *que está siendo* o mostrándose (Heidegger, 1956, p.140); no una verdad como una adecuación de una proposición a una cosa, sino el hacer salir a la cosa de una oscuridad que la guardaba invisible.

En este sentido, no sorprende que otro autor, J. P. Sartre, que buscaba una verdad existencial, comenzara su libro *El ser y la nada* de la siguiente forma:

“Se sigue de ello, evidentemente, que el dualismo del ser y el parecer tampoco puede encontrar derecho de ciudadanía en el campo filosófico. La apariencia remite a la serie total de las apariencias y no a una realidad oculta que haya drenado hacia sí todo el ser del existente. Y la apariencia no es una manifestación inconsciente de ese ser” (Sartre, 1966, pp. 11-12).

En este contexto, se entiende que ni el *ser* se opone al *aparecer* ni el mito al logos, al contrario: nombran lo mismo, o como mínimo tienen necesidad el uno del otro. Y es así como el *parecer* es una variedad del *ser*.

Y es así como poesía y filosofía, Parménides y Heráclito, ser y parecer, ficción y realidad, representan un germen original puro a través del que se patentiza una verdad no metódica.

## 2. Filosofía y literatura: dos formas de conocimiento a través de la creación

Lógicamente, en este proceso de desvelamiento la creación debe desempeñar un papel fundamental en la medida en que todo acto

creativo o inventivo arranca, por definición, algo de lo oculto, algo que no estaba presente antes, o que si estaba no se veía.

De este modo, para Heidegger y Zambrano, la creación, a través de la poesía, es el modo esencial y fundamento del decir humano que instaura el mundo y permite sacar a la luz el fondo más íntimo, inaccesible y verdadero del hombre. "Poesía –nos dice Heidegger-, es la fundación del ser por la palabra "(Heidegger, 1989, p. 30).

Y así define María Zambrano el ser como lo inefable e inaccesible:

"La poesía (...) se sintió arrastrada a expresar lo inefable en dos sentidos: inefable por cercano, por carnal. Inefable también por inaccesible, por ser el sentido más allá de todo sentido; la razón última por encima de toda razón" (Zambrano, 1971, p. 215).

Así pues, el poeta, al igual que el filósofo, opera sobre lo oscuro. Ambos esperan clarificación de lo que en cierto modo ha de ser la realidad. Así nos lo recuerda Ortega:

"La filosofía es un enorme apetito de transparencia y una resuelta voluntad de mediodía. Su propósito radical es traer a la superficie, declarar, descubrir lo oculto o velado –en Grecia la filosofía comenzó por llamarse *alétheia*, que significa desocultación, revelación o desvelación; en suma, manifestación-. Y manifestar no es sino hablar, *lógos*" (Ortega y Gasset, 1969, p. 342).

Existe pues, un espacio común en el que ambos discursos se complementan de un modo inevitable, logrando en el esfuerzo por alcanzar la verdad ese territorio común propio de la creación. Nos referimos a ese momento en el que la poesía surge cuando el discurso racional suspende su carácter argumentativo y da paso a uno de esos momentos en los que el lenguaje es capaz de romper el velo, la ilusión de la realidad, y nos hace sentir o percibir lo que no percibimos o sentimos de otro modo. En estos momentos epifánicos, la filosofía se desprende de todo su exceso de competencias para remitirse al tiempo propio de la poesía, que es un tiempo sobre todo de revelación.

El poema se convierte, de este modo, en una forma "aparicional" del conocer. Es el lugar o espacio donde la palabra, antes de entrar en los condicionamientos del sentido o destruyendo estos condicionamientos, avanza su absoluta aparición o manifestación (Valente, 1994).

De este modo se produce en el acto creador, como revelación, ese milagro en el que tanto la construcción de un poema como el desarrollo de un argumento provocan la conmoción fruto de un sentimiento difícil de definir, pero que identifican como algo común y que, tanto en uno como en el otro, tiene un carácter universal, fuera del tiempo y del espacio.

### 3. *Mismo objetivo y distintos procedimientos*

Sujetos de la compleja síntesis de la experiencia, quedamos envueltos en ella. La experiencia como *elemento dado*, como dato en bruto, no es conocida de modo inmediato. O, dicho de otro modo, hay algo que queda siempre oculto u ocultado en la experiencia inmediata. Hacia esa experiencia, manifestada en toda su complejidad y riqueza, se tienden dos tipos de redes que intentan hacerlas comprensibles. Una procedente del discurso racional y otra del discurso literario.

Lo que el filósofo y el poeta alcanzan, tras un arduo esfuerzo es un limitado paisaje de verdades -o de “mentiras irrefutables”, como diría Nietzsche-; pero por caminos diferentes. En este sentido, en lo que difiere radicalmente el discurso filosófico del literario es justamente en el *método*, que en el caso del primero sigue el despliegue analítico de la razón (Savater, 2002).

La filosofía comparte con otros discursos racionales -científicos- lo arduo, riguroso y tajante, la sistematicidad de sus procedimientos; pero su objetivo también está marcado -al igual que la poesía-, por el esfuerzo en alcanzar una visión unitaria, dotada de sentido, que alberga la objetividad implacable de los principios universales.

En este sentido, podemos afirmar que el ideal de todo escritor -filósofo o poeta- es descubrir el auténtico misterio de las cosas, alcanzar la verdad radical de lo real, pero por distintos procedimientos.

En el momento de la creación poética lo único dado es la experiencia en su particular unicidad (objeto específico del poeta). El poeta no opera sobre un conocimiento previo del material de la experiencia, sino que ese conocimiento se produce en el mismo proceso creador. El instrumento a través del cual el conocimiento de un determinado material de experiencia se produce en el proceso de la creación es el poema mismo. El acto de su expresión en el proceso

de creación es el acto de su conocimiento. El conocimiento se produce en el mismo acto de creación (Valente, 1994).

La poesía aparece, de este modo, al igual que el ensayo o tratado, como la revelación de un aspecto de la realidad para el cual no hay más vía de acceso que el conocimiento por la vía poética o racional. Ese conocimiento se produce a través del lenguaje y tiene su realización en el poema o en una proposición o juicio. Porque en sí mismos componen una sola unidad de conocimiento posible: no un verso, por excelente o bello que pueda parecer, ni un procedimiento expresivo, por eficaz o caracterizador que resulte, sino el poema o el argumento como estructuras donde esos elementos coexisten en fluida dependencia, corrigiéndose y ajustándose para formar un tipo de unidad superior.

Por existir sólo a través de su expresión y residir sustancialmente en ella, ambas formas de conocimiento conllevan no ya la posibilidad, sino el hecho de su comunicación en el mismo acto de creación.

#### *4. Acto creador: materializado en la escritura*

Y puesto que todo momento creador es en principio un sondeo en lo oscuro, el material sobre el que el poeta y el filósofo se disponen a trabajar no está clarificado por el conocimiento previo que se tenga de él, sino que espera precisamente esa clarificación, que será comunicada en el mismo acto creativo. De este modo, el único medio de que se dispone para sondear ese material informe es el lenguaje: una palabra, una frase, en definitiva palabras materializadas en la escritura.

En efecto, tal y como nos enseñó Platón, fundador de esa tensa, difícil exploración ideal y conceptual que requiere sin embargo tiento, aventura y riesgo, la filosofía se encarna en la escritura. De hecho, entre la escritura y la palabra dialogada discurre lo más genuino de la filosofía, que se despliega en textos de naturaleza literaria. En este sentido, "la filosofía es 'literatura de conocimiento'. Literatura en la medida en que tiene que ver con la gestación de textos y de escrituras" (Trías, 2002, pp. 41-42).

La materialidad de la escritura y de la palabra, exige que ambas formas de discurso precisen de imágenes y escenarios comunes que posibiliten -a través de procedimientos y estrategias diferentes- la posibilidad de la comunicación en el acto de creación que será ma-

terializado a través de las palabras. No existe palabra ni escritura que no se *encarnen*, en el más riguroso sentido, en la materialidad del discurso o del diálogo, o del texto literario.

De ahí la necesidad de que todo filósofo, en algún momento de su obra, reflexione sobre su propia forma de situarse ante la creación, para trazar la preceptiva guía que ha de gobernar su propia trayectoria creativa. Pues no se piense que ese proceso irrumpe en toda su diáfana claridad en los procesos de creación, ya que la carga de reflexión trazada en textos se va iluminando, para el propio forjador de los mismos, con el paso del tiempo y con el transcurso de la vida. Es más, la sucesión de textos que se añaden a la reflexión, a través de los cuales se intenta consolidar la propuesta filosófica, produce muchas veces una iluminación relampagueante de carácter retrospectivo sobre textos anteriores en el tiempo. Esto sucede en filosofía lo mismo que puede suceder en poesía (Trías, 2002).

##### *5. La praxis del filósofo se transforma en poiesis a través de la escritura*

Platón inaugura la filosofía en el sentido en el que hoy podemos reconocerla: la filosofía como escritura, como “literatura de conocimiento”. Sus diálogos tienen tanto de obra de arte como de monumentos especulativos.

Dice José Ángel Valente que es escritor quien acaba teniendo una auténtica relación *carnal* con la escritura. Y esto es cierto desde luego en poesía y en novela, pero también lo es en esa “literatura de conocimiento” que constituye la filosofía. Ésta es, en efecto, literatura; tiene que ver con letras y con grafías; no puede producirse (al menos desde Platón) sin ese concurso que la condiciona y determina. Hasta el punto de que la propia producción oral, o dialógica, sólo es y existe en virtud de esa inscripción literaria (y de ello Platón da plena documentación). Sócrates nada sería, pese a su enseñanza oral, sin esa “literatura de conocimiento” (filo-sófica, enamorada del saber) que le acoge en forma de “corpus filosófico”. Ni nada sería el personaje redivivo por la creación nietzscheana, sacado del acervo ancestral de la religión persa, Zaratustra, sin la composición y escritura del gran poema filosófico de Nietzsche.

Así pues, nos encontramos con que la filosofía se encarna, ante y sobre todo, en la escritura. Sin escritura la filosofía carece de forja y destilado. Pero en la escritura puede la filosofía acreditarse como creación, como lo que Platón llamaba *poiésis*. Sólo que los procedi-

mientos por los que se produce el acto creador -a través del Tratado o del Ensayo o del Diálogo o de las Confesiones, o de la Suma o del Sistema, o del Aforismo o del Poema Filosófico-, no pueden ser confundidos con la construcción que cristaliza en la literatura de ficción, sea poética o novelística, o bien épica, dramática y lírica.

En este sentido, sólo un arte y una literatura de conocimiento, en donde la experiencia se elabora y sublima en apertura filosófica, sólo un arte así merece el nombre de creación, *poiesis*, es decir, literatura en la que la experiencia sea el viaje y transición hacia el conocimiento; esto es, el viaje filosófico. La literatura sólo es tal si es filosófica; la filosofía sólo se realiza si tiene resonancias literarias. Así pues, los límites entre filosofía y literatura son borrosos y permeables, deslegitimando, de este modo, la autonomía de cada género, provocando la desfigurabilidad y la relativa transformabilidad mencionada al principio de este apartado.

La actuación y el *êthos* del escritor-filósofo es, en esta aventura, lo decisivo; constituye el motor de la creación, o de la *poiesis*. El filósofo es ante todo, escritor. La escritura le invade y le penetra. Trama, como pedía José Ángel Valente de todo verdadero escritor, relación carnal con letras y con grafías. Le importa, por lo mismo, el marco formal en que se dan los párrafos y los capítulos a lo largo del espacio y tiempo; las diferentes partes de este "todo abierto" que acaba cuajando y cristalizando en un texto con su correspondiente título, expresivo de la más secreta intención del compositor.

Pues todo filósofo de verdad es, sobre todo, compositor. Sólo por serlo puede -y debe- ejercer también de intérprete y hermeneuta. Intérprete de sus propias tradiciones y de los signos de su tiempo, puede componer así una propuesta, o *proposición*, expresada en forma escrita, que sirva de hilo de Ariadna para abrir el gran laberinto de la recepción dialógica -en el debate, en la enseñanza, en la reflexión verbal- y descubrir el enigma que encierra la realidad. Inevitablemente debe ser, también, intérprete de su propia propuesta, de manera que ésta alcance el máximo de lucidez y auto-esclarecimiento crítico. Y es justo por ese esfuerzo esclarecedor al que todo filósofo se encuentra abocado, por lo que necesita echar mano de los recursos alegóricos y metafóricos que la literatura le brinda, estableciéndose de este modo cierta analogía entre la construcción de una cadena de silogismos con una composición musical.

Así pues, no hay verdadera filosofía sin estilo, escritura y creación literaria; pero tampoco la hay sin elaborada forja conceptual. Los

conceptos no son más que metáforas, se dice, los tropos literarios, el funcionamiento mismo del lenguaje con que se piensa.

Parece pues, que la tensión entre estas dos formas de escritura que son la Literatura -y en particular la poesía-, y la Filosofía propiamente dicha -o el ensayo filosófico-, entre la escritura que cuenta, que refiere sucesos e historias de personajes en determinados momentos y lugares y la escritura que analiza, que racionaliza y conceptúa, entre el *lógos* y el mito, se va desdibujando en virtud de la consecución del mismo objetivo: alcanzar el punto donde ambas formas de conocimiento se encuentran.

### *Bibliografía*

- ASENSI (1996). *Literatura y filosofía: Síntesis*.
- HEIDEGGER, M. (1978). *¿Qué es filosofía?* Madrid: Narcea.
- HEIDEGGER, M. (1989). *Hölderlin y la esencia de la poesía*. Barcelona: Anthropos.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1966). *Meditaciones del Quijote*, Meditación preliminar, 4., en J. Ortega y Gasset, *Obras completas*, (vol.1). Madrid: Revista de Occidente.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1969). *¿Qué es filosofía?*, Lecc. V, en J. Ortega y Gasset, *Obras Completas*. Madrid: Revista de Occidente
- SAVATER, F. (2002) «Borges, Poeta filosófico». *Archipiélago*, 50 p. 45.
- Sartre, J.P. (1983). *El ser y la nada*. Buenos Aires: Losada.
- TRÍAS, E. (2002). «La filosofía y su poética». *Archipiélago*, 50.
- VALENTE, J.A. (1994). *Las palabras de la Tribu*. Barcelona: Tusquets.
- ZAMBRANO, M. (1971). *Filosofía y poesía*. En M. Zambrano, *Obras reunidas*. Madrid: Aguilar.

Octubre de 2003